

tro popular sólo se da cuando en la obra el pueblo es el protagonista principal, el verdadero sujeto histórico. Teatro popular es aquel en el que el pueblo se cuenta a sí mismo, desde su propia conciencia y reafirmando sus propios valores, sus propias luchas, sus logros y fracasos... Tal es el caso de *Como semilla e coyot* en lo que a luchas campesinas se refiere, si bien la obra no tiene un desenlace épico o heroico, como el tratamiento mismo del tema y su dinámica interna así lo exigían. Sin embargo, hemos de saludar en esta obra el intento más serio de crear teatro popular en tiempos recientes.

No quisiéramos terminar sin hacer referencia a una nueva forma de hacer teatro. Nos referimos al teatro en cassette, ideado por la Editorial Costa Rica para lograr una mayor difusión de una de las joyas más preciosas de la literatura costarricense: los cuentos de Carmen Lyra, cuyo éxito de venta revela la importancia de usar inteligentemente los modernos medios de comunicación de masa puestos al servicio de la difusión cultural. Dos cassettes ha editado la Editorial Costa Rica, el primero dirigido por Haydée de Lev, el segundo por Eugenia Chaverri. Hemos de señalar que el segundo supera en todo al primero, tanto desde el punto de vista de los recursos técnicos empleados (efectos sonoros, pureza de sonido, etc.), como desde el punto de vista de la concepción estética que inspira a ambas directoras. Las concepciones de la Sra. de Lev son tradicionales, ven a los campesinos de Carmen Lyra como si fueran personajes de las "Concherías" de Aquileo Echeverría, es decir, con ojos de burgués a quien le divierte la cultura agraria, es decir, la subcultura de una clase inferior que, si no fuera por su ingenio fresco y espontáneo y su sabiduría inspirada en la experiencia ancestral, sólo desprecio nos merecería. Estamos en el primer cassette en el puro folclorismo, en el costumbrismo de la primera mitad de nuestro siglo, en que la sociedad burguesa y sus valores no ofrecía la menor fisura ni toleraba más alternativas históricas que su propia y eterna continuidad... La concepción de Eugenia Chaverri está infinitamente más cercana a las intenciones de la autora. Carmen Lyra es la maestra por excelencia del pueblo costarricense. Pero su labor docente no la ejerce *para* el pueblo ni *junto al* pueblo, sino *desde* el pueblo. Ella no es algo distinto del pueblo, sino una parte del mismo. Carmen Lyra se sabe portadora de una misión histórica: crear las condiciones ideológicas que le permitan al pueblo hacerse dueño de su propio destino. Eugenia Chaverri ha logrado una versión de los *Cuentos de mi tía Panchita* enteramente fiel a las concepciones de la autora. Por eso sus personajes tienen más consistencia y la trama adquiere un mayor dinamismo dramático. Oyendo este segundo cassette nadie diría que los *Cuentos de mi tía Panchita* fueron concebidos como libros para leer y no como obra dramática para ser representada, tal la verosimilitud y consistencia propia que adquieren los personajes de Carmen Lyra bajo la sabia conducción de Eugenia Chaverri.

Con el éxito de estos cassettes una nueva veta se abre para nuestro teatro. Es necesario que esta labor continúe con otras obras, como la versión de *Cafías de Uviera* y otras obras de autores nacionales. A través de la radio se deben pasar y comentar estos cassettes, pues la radio es el medio de difusión más extendido de nuestro país. Se podrían, incluso, en contrato con el Ministerio de Educación, elaborar materiales didácticos (cassettes, diapositivas, películas) con obras de teatro, novelas, cuentos y relatos en donde la imagen se combine con las voces a fin de que los logros de la técnica de la comunicación hagan más accesibles a nuestros jóvenes las obras de nuestra dramaturgia y, en general, de la literatura costarricense. Las posibilidades son infinitas...

LOS BUSCADORES DEL ALMA ESCONDIDA

MIGUEL ROJAS

Costa Rica es pequeña en territorio, pero grande en espíritu. Sin embargo, en incontables ocasiones buscamos fuera lo que tenemos dentro. Nos conocemos por encima, apenas la fachada, pero nos falta indagar, profundizar en nuestro ser nacional, el vigoroso, el expansivo, el de las grandes ideas, el de las imágenes de incipientes contrastes y una carga de material humano apenas vislumbrado, tirado por la borda con esa manía de preferir lo de otras latitudes, desprecio del poco roce con otras culturas, confusión propia de ermitaños y egoístas, falta de visión, ignorancia, pues la paz y el trabajo de que habla nuestro himno nacional, solo han servido para enmascarar un aislamiento con pinceladas de beneficioso retiro mundanal.

El pueblo costarricense es alegre, pero le han enseñado los educadores a estar triste, nos han metido hasta la médula de los huesos una educación sin imaginación, una realidad sin fantasía, una investigación sin sentido crítico y libertad creativa. Todo es folclor, y lo que viene de la raíz del pueblo se ha mirado con desprecio, pues los valores tradicionales vienen de fuera, y las novedades vienen de fuera, también. Pero cuando uno mira la belleza de otras culturas, entiendo que nos han estado alimentando con carne de rata, por eso el espíritu nacional está roído, encerrado en un cuarto de brutales espejos, de lacerantes figuras, todo se imita, lo copiado es mejor, y el estilo de las grandes ciudades marca conciencias,

y con pintar verdades de otras realidades la pasamos justificándonos, aplastada nuestra identidad, reprimiendo nuestra riqueza expresiva y nuestra elevación de una nupcia que nos circunda: hombre, naturaleza, cosmos, espíritu, relaciones integrales en el espíritu y el ser activo del hombre.

A pesar de que en los últimos quince años se viene arraigando en ciertos sectores del pueblo costarricense la necesidad de buscar en nuestros orígenes la simiente propia del árbol que nos da sombra, no hay todavía un ideal común, una fuerza motriz que unifique la libertad creativa y el proceso mismo de creación en una maquinaria espiritual capaz de hacer manifiesto su empuje histórico, nuestros valores, nuestra verdad, nuestras contradicciones internas, individuales, colectivas, en nuestras huellas de soledad y de grandeza.

Hemos limitado lo que tocamos cuando otros, con una imaginación desbordante han encontrado aquel espacio donde las líneas no encuentran punto final. Nos da miedo mostrar lo que tenemos, nos sentimos bien al abrigo de los fértiles valles y desforestadas montañas. Tenemos miedo de nosotros, de lo que somos, de lo que fuimos. Entonces, qué futuro nos espera sino el de arrastrarnos al yugo de otros. Tenemos que salir de nuestro cerrojo voluntario y linchar corrientes sin vida, debemos borrar para siempre la faz del topo y mirar el sol en toda su plenitud, botar fronteras, pelear por nuestro lugar artístico con nuestro ser creativo. Hay que arriesgarse al vendaval, pero también a la gloria de los vuelos supremos que esperan a que una vibración creadora los preñe en la cúpula de las sublimes esferas. Que la humanidad sólo se pavonea cuando ha llegado al máximo esfuerzo de la inteligencia, sabiduría, y belleza en los espíritus. Que de otra manera sólo es una condición inferior.

Por eso dramaturgia costarricense, la que intentaron antes unos cuantos inquietos, la que forjaron los tres dramaturgos de mayor edad en nuestro presente, todavía vivos para orgullo nuestro, pues Daniel Gallegos, Alberto Cañas y Samuel

Kovinsky todavía tienen algunas historias que contarnos, por eso la nueva y pujante dramaturgia, apenas desflorando vírgenes intocables. Dramaturgia de costarricenses, para costarricenses y el resto del mundo, para que los otros se inmiscuyan en

nuestra iragua como sol naciente de rayos que pulsan lo más íntimo del ser nacional y de ideas de siempre, una Costa Rica para el mundo, y no para los fines de semana en un anquilosado concepto de vida pacífica, aunque no tenga cojones, salvo teorías exóticas y paianganeos. El centro del mundo no es Costa Rica, insignificante nombre de servilismos que se reparten cada período presidencial unos cuantos vividores de la politiquería. El teatro está respondiendo como fuente cultural, está desarrollando su arte y su personalidad, está amarrando cabos y dando palos.

El teatro fue regalo de los dioses al resto de los mortales, fue un fruto largamente sugerido en el principio, fue concreción de esos espíritus superiores que como dioses, otean desde lo alto el manicomio humano. Los costarricenses debemos comprometernos con el juego teatral, los dramaturgos deben moldear los elementos del juego escénico, en nuestros campos, en nuestras aspiraciones, en nuestras caídas y ascensos, en nuestras mezquindades, en nuestra responsabilidad de responder al llamado del grito social, de los requiebros que mueven las sociedades en sus cosas más íntimas, en toda la bondad que somos capaces de desplegar en nuestras urbes, en esa comunión indisoluble que históricamente ha mostrado el hombre, sus conflictos, sus relaciones a veces incomprensibles, sus demonios, sus anhelos, sus mitos y leyendas, sus vicios, su sensibilidad al amor, a la belleza, al bienestar común, a su ambición de poder.

Debemos preservar las manifestaciones activas de nuestra cultura y dejarnos de las "tiquicosas", que por tantas centurias se han usado para embrutecernos. Debemos apreciar y valorar el conocimiento, la experiencia, el tanteo y el error, la ceremonia teatral que somos capaces de comunicar a la sensibilidad y al intelecto de nuestro público.

Somos un país de contrastes apenas vislumbrados, porque fabricamos la costumbre nacional de llevar el Cristo crucificado sobre nuestras coyunturas, cuando deberíamos alzar banderas con el Cristo resucitado y triunfador. Preferimos quejarnos, caer en un letargo estéril con pretextos y mil males de viejas solteronas, y muy olímpicamente, emigrar, medrar al amparo de otros símbolos, llevar el alma

con una espina de ruindad por todo lo que es nacional, repitiendo incansablemente con morbosidad, el estribillo de que todo lo que viene de afuera es mejor, por lo tanto, que desilusión.

La gran alma del mundo está en el alma de cada pueblo, por eso hay que tender el puente con cariño, de costa a costa, de frontera a frontera. Vienen días de conquista para el arte dramático nacional y para todas las artes de representación, aunque más lentamente. Debemos ir del río del valle al mar de los continentes, pues el taller de la dramaturgia está delineando sus contornos a partir de sus esencias, y el duende nacional en cada uno de sus magos laboriosos, está tocando con su varita el órgano que crearon los griegos hace aproximadamente 2.500 años, el instrumento de inmortales ejecuciones, que como flecha de luz, trajo al hombre a su propia imagen y semejanza, pues lleva en su corona de poesía el mural de todas las revoluciones y de toda la evolución creadora desde que la conciencia tuvo noción de que podía mirarse en la realidad de las relaciones humanas, con sus conflictos que recorren toda la escala que va de la bajeza a la grandeza, de lo complicado a lo elemental, del ser al parecer. Los delirios del alma cabalgan y nosotros somos el jinete de mil rostros.

Dramaturgia nacional costarricense, el calidoscopio en forma de diamante y corazón, de agua y fuego, de alma y circunstancia, esencia geométrica donde empezamos a filtrar nuestros desvaríos y nuestros mejores propósitos. Somos, compañeros, el mismo anhelo de verdad, la misma energía hecha aparentemente materia, lo finito expuesto al tiempo, lo inmortal frente a la tentación. Debemos encontrar el hábito de vida de nuestras gentes, de nuestras mezclas étnicas, de nuestra sangre vida que clama por un arte dramático primero de arraigo teatral, y aunque vayamos atando hilos con nuestras uñas, al final será el principio apenas, donde quedará un bello mural de rasgos indestructibles, que nadie ni nada podrá manchar, pues nuestro espíritu será más fuerte, cada día expandiéndose; por eso, Costa Rica primero, que nuestro corazón debe ser para ella primero, que por su fuego creador viviremos imperecederamente.